

cuando sus responsables se encuentran perfectamente integrados en esa línea oficial. En su primera mitad (y nada predice un cambio sustancial, al margen de la posible calidad de algunos títulos concretos), este sigue siendo un Festival muerto, fantasmal, puramente apariciencia, porque así lo son los presupuestos en que se basa. Donde hacen su agosto determinados comerciantes del cine, donde vienen a lanzarse estremitas de tercera calidad, donde la alta burguesía donostiarra tiene ocasión de explayarse, donde las sesiones de noche en el Victoria Eugenia —para

quienes creemos en su poder de comunicación social, en su valor cara al desarrollo de la conciencia del hombre contemporáneo, el certamen significa un marasmo de decepciones, aburrimiento e irritación. Habrá que dejarlo definitivamente en manos de los gacetilleros de la prensa del corazón, de la frivolidad y el cotilleo, que este año lo invaden más que nunca. Durante veintiuna ediciones, la crítica responsable ha ido exponiendo su punto de vista, contrario casi siempre al desarrollo y utilización sufrido por el Festival. Nunca se le hizo caso. Quizá haya llega-



«The long goodbye», de Robert Altman (Estados Unidos).



«El espíritu de la colmena», de Víctor Erice (España).

el que toda la manifestación parece montada— revelan lo aparatoso y banal de una sociedad alegre, segura y confiada. Pero para quienes el cine significa otra cosa bastante más seria y profunda, para

do, entonces, el momento de abdicar, de erigir la bandera blanca del desaliento y la impotencia.

Curiosamente, el único dato positivo dentro de este panorama queda significado por la



Día más, día menos. A un jour prés one day more or less.

participación española. Confiada a directores jóvenes —Victor Erice y Josefina Molina—, en obras emprendidas por dos de los escasos productores de interés que existen entre nosotros —Eliás Querejeta y Gabriel Moralejo—, rompe afortunadamente la norma mantenida por San Sebastián de combinar el film de un director tradicional con el de otro de menor edad. Y no se trata de prejuicio generacional, sino de que —mientras no se demuestre lo contrario— las únicas películas ambiciosas de los últimos años de nuestro cine las han llevado a cabo jóvenes realizadores, entendiendo por tal a aquellos cuyo techo máximo ronda los cuarenta años. En el momento de redactar estas líneas, desconozco aún «Vera, un cuento cruel», de Josefina Molina, pero sí puedo decir ya que, con «El espíritu de la colmena», Erice ha logrado un excelente film, no sólo superior al resto de los vistos —lo que, en este caso, no quiere decir demasiado—, sino una auténtica obra de importancia, cuyo aná-

lisis efectuaremos en nuestra próxima crónica. Ante la incompreensión de dos tercios de la crítica local y de los grupos más conservadores —aquí ampliamente representados—, «El espíritu de la colmena» señala de nuevo que no es precisamente talento lo que le falta al cine español. Querejeta, una vez más, y Erice, en este primer largometraje, dan cumplida muestra de ello. ■ FERNANDO LARA.

Un telefilm en España

Hay dos maneras de hacer cine en España: una de ellas consiste en hacer películas que tratan de reflejar, desde el personal punto de vista de su autor, algunos de los problemas o características de nuestro país, de manera que se incida, de alguna manera, en la realidad. Cine crítico o evasivo, pero que parta de una problemática local y que se dirija primordialmente al público español. La gran segunda fórmula posible estriba en disi-

mular la nacionalidad de la película y convencer al espectador —dados los beneficios que ello suele reportar, teóricamente, en taquilla— de que se encuentra ante un film cuanto menos norteamericano. En este caso, cualquier reflejo de la vida española será debidamente escamoteado para pasar a un primer plano la híbrida técnica de los telefilms televisivos, con un lenguaje forzado, mimético e inútil; fórmula ésta que, curiosamente, exige un esfuerzo sorprendente por cuanto, de forma natural, los actores, guionistas, operadores y demás, tienden a reflejar su propio mundo, es decir, a inscribirse en la primera fórmula. Otro problema diferente es el de si esa lógica tendencia acaba por ser válida o no; pero no es este el momento de discutirlo.

José María Forqué, que tiene en su haber una serie de películas que, en diferente medida, han querido inscribirse en una tónica nacional, incluso en un plano crítico, abandona al parecer esta incómoda postura para dedicarse fervientemente al arte mimético e impersonal. Su último título, «Tarots», parece confirmar lo que sólo se intuía en su «El ojo del huracán». Estamos, pues, ante un director español que orienta todos sus esfuerzos a querer ser norteamericano, televisivo. Y que hay que reconocer que no son esfuerzos menores. Prescindir de cualquier posibilidad de inventiva propia, rechazar cualquier insinuación localista y, lo que es peor, tener como modelo lo que suele ser la estupidez institucionalizada, no son trabajos despreciables. Sobre todo cuando, como en el caso de «Tarots», hay incluso algunos momentos en los que For-

qué casi llega a lograr su objetivo.

Pero, uno se pregunta: ¿para qué tanto trabajo? Ya hacen los norteamericanos sus telefilms y los rusos sus plúmbeas películas históricas. También los españoles inocuos se dedican a la inútil imitación. ¿No tiene Forqué nada mejor que contarlos? ¿Desde su productora propia, no le interesa ya la posibilidad del riesgo y de la invención?

En definitiva, «Tarots» es una buena copia pero que, comparada con los originales, no les añade ni mayor gloria ni mayor miseria. Un producto más de los muchos que sólo interesa como pasatiempo dominguero a los que no tengan un televisor en casa. ■ D. G.

ARTE

Hace un par de años, después de una corta estancia en Pamplona, yo me atreví a darle una clasificación y un nombre a lo que allí estaban realizando los jóvenes artistas, sobre todo los jóvenes pintores. Lo llamé entonces «La escuela de Pamplona». Hoy, al cabo de algún tiempo, me sigue pareciendo válida esa clasificación, pues no ha cambiado fundamentalmente ni los supuestos ni la situación de esa pintura. Elemento fundamentalísimo de ella, por protagonista y por catalizador de muchas de sus actitudes, era Javier Morrás, que hoy se presenta como expositor en la galería Iolas-Velasco. Acabo de ver la exposición antes de ser inaugurada. Como